

POR LA AUTORA DE *ROMPER EL CÍRCULO*

TAL VEZ AHORA



COLLEEN
HOOVER

SERIE *TAL VEZ*, 3

booket

Colleen Hoover

Tal vez ahora

Serie Tal vez, 3

Traducción de Lara Agnelli



Prólogo

Maggie

Dejo el bolígrafo sobre el papel. Me tiembla demasiado la mano como para terminar de rellenarlo, así que inspiro rápidamente varias veces tratando de calmarme.

«Puedes hacerlo, Maggie.»

Cojo el bolígrafo, pero creo que la mano me tiembla más que antes de soltarlo.

—Deja que te ayude.

Alzo la vista y veo que el instructor de salto en paracaídas en tándem me está sonriendo. Me quita el bolígrafo y coge el portapapeles antes de sentarse a mi lado.

—Es normal que los novatos se pongan algo histéricos. Será más fácil si me dejas rellenar los papeles a mí, porque probablemente tu letra será ilegible

por los nervios —me aconseja—. Cualquiera diría que estás a punto de saltar de un avión o algo así.

Su sonrisa irónica me tranquiliza, pero la inquietud vuelve a invadirme al recordar que mentir se me da de pena. Engañar en la sección médica me resultará más fácil si puedo rellenar el cuestionario sola. No sé si seré capaz de mentirle a este tipo a la cara.

—Gracias, puedo hacerlo sola. —Trato de recuperar el portapapeles, pero lo aleja de mí.

—No tan deprisa, Maggie Carson. —Baja la vista hacia el formulario. Me ofrece la mano, mientras mantiene la tabla fuera de mi alcance con la otra—. Me llamo Jake. Y si tienes previsto saltar de un avión bajo mi responsabilidad desde tres mil metros de altura, lo menos que puedo hacer es completar el formulario por ti.

Le estrecho la mano y quedo impresionada por la fuerza con que me devuelve el apretón. Saber que voy a poner mi vida en estas manos me tranquiliza un poco, muy poco.

—¿Cuántos saltos en tándem has realizado con éxito? —le pregunto.

Sonríe y vuelve a mirar el formulario. Mientras pasa las hojas, responde:

—Contigo serán quinientos.

—¿En serio? Quinientos es un número impresionante. ¿No deberías celebrarlo de alguna manera?

Cuando me mira a los ojos, su sonrisa ha desaparecido.

—Me has preguntado cuántos saltos he realizado con éxito. No quiero celebrar nada antes de tiempo.

Trago saliva.

Se echa a reír y me da un empujón con el hombro.

—Es broma, Maggie. Relájate. Estás en buenas manos.

Sonrío y aprovecho para respirar hondo. Él repasa las páginas del formulario.

—¿Algún problema de salud? —me pregunta, con la punta del bolígrafo situada sobre la casilla del «No».

No le contesto y mi silencio hace que me mire a los ojos y repita la pregunta.

—¿Algún problema de salud? ¿Enfermedades recientes? ¿Algún exnovio loco con el que debería andarme con cuidado?

Esta última pregunta me hace sonreír, mientras niego con la cabeza.

—No, ningún exnovio loco. Sólo uno, y fantástico.

Él asiente lentamente.

—¿Y la otra parte de la pregunta? ¿Problemas médicos? —Espera a que responda, pero me mantengo en un silencio inquieto. Entornando los ojos, se inclina hacia mí, observándome con atención. Lo hace como si buscara respuestas a más preguntas de las que figuran en el cuestionario—. ¿Es terminal?

Trato de mantenerme firme y serena.

—En realidad, no. Todavía no.

Él se acerca aún más a mí y me dirige una mirada que rezuma sinceridad.

—¿Qué pasa entonces, Maggie Carson?

No lo conozco de nada. Hay algo en él que me calma y me impulsa a sincerarme, pero no lo hago. Me miro las manos, que he cruzado sobre el regazo.

—Si te lo digo, no creo que me dejes saltar.

Se acerca hasta casi rozarme la oreja con los labios.

—Si me lo dices muy flojito, es muy probable que ni siquiera lo oiga.

Su aliento me acaricia la clavícula y todo mi cuerpo se estremece. Se aleja ligeramente y me observa, a la espera de mi respuesta.

—FQ —digo al fin. No sé si sabrá lo que es la FQ, pero opto por una respuesta simple. Tal vez se conforme con eso y no insista.

—¿Cómo tienes los niveles de oxígeno?

Vale, quizá sí que lo sepa.

—De momento, bien.

—¿Tienes permiso del médico?

Niego con la cabeza.

—Lo he decidido en el último momento. Tiendo a ser un pelín impulsiva a veces.

Él sonríe, baja la vista hacia el formulario y marca «No» en la casilla de las enfermedades. Volviéndose hacia mí, me advierte:

—Pues tienes suerte, porque resulta que soy médico. Pero, si te mueres hoy, le diré a todo el mundo que mentiste en el cuestionario.

Asiento con la cabeza, riendo, agradecida por que haya decidido pasarlo por alto. No todos lo harían.

—Gracias.

Mientras examina el impreso, comenta:

—¿Por qué me das las gracias? Yo no he hecho nada.

Y con esas palabras vuelve a hacerme sonreír. Va leyendo las preguntas del cuestionario y yo las respondo con sinceridad hasta que llegamos a la última.

—¿Por qué quieres hacer paracaidismo?

Me inclino hacia él para leer el papel.

—¿Esa pregunta sale de verdad?

Él me la señala.

—Sí, está aquí.

La leo antes de responder con brusquedad:

—Supongo que porque me estoy muriendo. Y tengo pendiente una lista muy larga de cosas que siempre he querido hacer.

Su mirada se endurece, como si mi respuesta le afectara. Vuelve a centrarse en el formulario, por lo que me inclino por encima de su hombro y veo cómo escribe una respuesta que no es la que acabo de darle.

«Quiero lanzarme en paracaídas porque quiero vivir al máximo.»

Devolviéndome el cuestionario y el bolígrafo, me indica:

—Firma. —Señala el final de la página. Cuando lo hago y se lo devuelvo, se levanta y me ofrece la mano—. Prepáremos los *paracas*, Quinientos.

—¿Eres médico de verdad? —grito, para hacerme oír sobre el ruido de los motores.

Estamos sentados uno frente al otro en la avioneta. Su amplia sonrisa deja al descubierto un montón de dientes tan rectos y blancos que habría jurado que era dentista.

—¡Cardiólogo! —responde a gritos. Señalando el interior de la avioneta, añade—: Esto lo hago por diversión.

Un cardiólogo que hace paracaidismo en su tiempo libre. Impresionante.

—¿Y a tu esposa no le importa que estés siempre ocupado?

«Ay, Dios. ¿Podrías ser un poco más obvia?»

Me encojo al darme cuenta de que estoy coqueteando. Siempre se me ha dado fatal.

Él se inclina hacia delante.

—¿Qué?

¿En serio me lo va a hacer repetir?

—¡Te he preguntado si a tu esposa no le molesta que siempre estés ocupado!

Niega con la cabeza y se desabrocha el cinturón de seguridad antes de sentarse a mi lado.

—¡Hay demasiado ruido aquí! —grita, señalando a su alrededor—. ¡Dilo otra vez!

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a empezar.

—¿A tu esposa no le...? —Me interrumpe poniéndome un dedo en los labios, pero sólo un instante. Aparta la mano y se acerca a mí. Mi corazón se altera más con ese simple gesto que con el hecho de que estoy a punto de saltar de una avioneta.

—Es broma —me dice—. Se te veía tan incómoda que me ha apetecido hacértelo repetir.

Le doy un manotazo en el brazo.

—¡Serás capullo!

Se echa a reír y se levanta. Luego busca el cierre de mi cinturón de seguridad, lo desabrocha y tira de mí para que me levante.

—¿Estás lista?

Asiento con la cabeza, aunque es mentira. Estoy absolutamente aterrorizada. Si no fuera porque este tipo es médico y hace esta clase de cosas por diversión —y porque está buenísimo—, es probable que me echara atrás.

Me coloca delante de él, con la espalda pegada a su pecho. Conecta nuestros cinturones de seguridad y quedo firmemente atada a él. Tengo los ojos cerrados cuando noto que me pone las gafas de protección. Tras varios minutos de espera hasta que acaba de prepararse, me impulsa hacia delante, hacia la abertura de la avioneta, y apoya mis manos a lado y lado de la salida. Estoy

contemplando las nubes, literalmente, pero por primera vez las estoy mirando hacia abajo y no hacia arriba.

Vuelvo a cerrar los ojos, mientras él me roza la oreja con la boca.

—No estoy casado, Maggie. Y sólo estoy enamorado de mi vida.

Y así, durante uno de los momentos más aterradores de mi existencia, se me escapa una sonrisa. Su respuesta hace que merezca la pena el apuro que he pasado durante las tres veces que me ha hecho repetir la pregunta.

Me aferro con más fuerza al arnés de seguridad.

Él me rodea con sus brazos, me agarra las manos y las baja, colocándolas a los lados.

—Sesenta segundos más. ¿Me harías un favor? —me pregunta.

Yo asiento en silencio. No creo que fuera capaz de negarle nada ahora mismo, teniendo en cuenta que mi vida depende de él.

—Si llegamos al suelo con vida, ¿dejarás que te invite a cenar? Para celebrar que eres la número quinientos.

El tono sexual que le da a la invitación me hace reír. Mirándolo por encima del hombro, respondiendo con otra pregunta:

—¿Está permitido que los instructores de salto en tándem lleven a cenar a sus alumnas?

—No lo sé —contesta, riendo también—. La mayor parte de mis alumnos son hombres. Hasta

hoy nunca había sentido el impulso de invitar a ninguno.

Vuelvo a mirar al frente.

—Te responderé cuando hayamos aterrizado sanos y salvos.

—Me parece justo. —Me hace dar un paso adelante, entrelaza las manos con las mías y separa los brazos—. Es la hora, Quinientos. ¿Estás preparada?

Asiento mientras el pulso me empieza a latir aún más deprisa que hace un momento y el pecho se me contrae por el miedo que me consume ante lo que estoy a punto de hacer. Mientras me empuja hasta el mismo borde de la abertura, noto su aliento en la nuca, mezclado con el viento.

—Antes me has dicho que querías lanzarte en paracaídas porque te estás muriendo. —Me aprieta las manos—. ¡Pero esto no es morir, Maggie! ¡Esto es vivir!

Y, con estas palabras, nos impulsa a los dos hacia delante... y saltamos.